

en general. En este último concepto invadía el consejo de Estado continuamente el terreno de los tribunales de justicia comunes, si el ministro que dirigía la nave del Estado lo quería, y de esta corporación se servía también Richelieu con preferencia para sus actos despóticos, sacando de su seno los jueces para las comisiones investigadoras extraordinarias que sin ningún escrúpulo entendían y fallaban en las causas políticas prescindiendo de todas las formas legales y de todas las garantías favorables al acusado. También sacó de esta corporación sus más hábiles y despóticos funcionarios administrativos, entre los cuales fueron siempre los más notables los llamados intendentes, inventados por Richelieu, y desde su creación los instrumentos principales de la omnipotencia ministerial y del gobierno absoluto hasta la revolución. Durante los primeros años solo habían sido enviados excepcionalmente a las provincias como agentes del gobierno, encargados de vigilar el exacto cumplimiento de la administración de justicia, del cobro de contribuciones, de la ejecución de obras públicas y otras cosas análogas; pero desde el año 1635 se transformaron estos cargos accidentales en permanentes, con atribuciones extraordinarias en los ramos de orden público, justicia y hacienda. Los intendentes solo eran responsables ante el ministro que los enviaba, cuya voluntad era también su única regla de conducta; de suerte que tal institución, mas que absolutista, era despótica, y se extendía sobre el mismo aristocrático gobernador de la provincia, cuyo cargo quedaba así reducido a un mero título honorífico, que solo figuraba en las grandes ceremonias. Con mucho tacto nombraron los ministros, tanto Richelieu como todos sus sucesores, para el terrible cargo de intendentes, empleados jóvenes de la clase media, que no tenían más privilegio, poder y apoyo, que la confianza y la benevolencia de su amo, el ministro omnipotente. Ante sus extraordinarias atribuciones redujéronse en casos de competencia las ordinarias de los tribunales y en especial las de los parlamentos a los cuales una ley prohibió expresamente toda ingerencia en cuestiones políticas y administrativas, limitando su actividad exclusivamente a los casos de derecho civil común y criminal. Desde entonces no hubo en Francia ningún amparo contra la tiranía y los excesos y desafueros de la administración.

Esto, unido a la exorbitancia de las contribuciones, a la política inclemente, dura, fría y opuesta a todos los usos y manifestaciones populares, hizo a Richelieu completamente antipático a los franceses, a pesar de su elevada categoría y de sus innumerables servicios en bien de la Francia; pero el terror sellaba todos los labios hasta el momento en que el grande hombre espiró. En 4 de diciembre de 1642, murió de una enfermedad de pecho muy larga, trabajando hasta su postrer momento con inquebrantable energía y constancia en los negocios públicos. Apenas se supo su muerte, la indignación del pueblo se desahogó en sátiras, recriminaciones, estribillos e injurias a su persona y a la de sus parientes a quienes había colmado de favores. El rey nada hizo para defender la memoria de su ministro, y lo único que dijo cuando le llevaron la noticia, fué: «¡Ha muerto un gran hombre de Estado!»

Richelieu quiso establecer la preeminencia de la Francia en todos los terrenos, no solo en el político, sino también en el intelectual. Muy amante de las bellas letras, creyó su cultivo indispensable para el brillo de su patria, y quiso, como realmente sucedió más pronto de lo que nadie hubiera pensado, que el idioma francés se hiciera universal, reemplazando en este concepto al latín, como éste había reemplazado al griego en su tiempo. A este fin era necesario purificar y perfeccionar el idioma patrio; y a fuer de hombre

lógico y original en todo cuanto emprendía, fundó en 1635 la Academia francesa, con el objeto principal de formar un diccionario modelo y completo de la lengua francesa, y su gramática, retórica y poética correspondientes; obra destinada en resumen a acumular gran abundancia de materiales para que cualquiera, dotado de mediano talento, pudiese producir luego obras maestras en el idioma francés. Aquí se ve la centralización en el terreno de las obras intelectuales obrando como en la política; el Estado fabricaba los literatos y poetas, y los dirigía en sus tareas según reglamento; el Estado o la corporación creada al efecto había de juzgar sus obras y recompensarlas según su mérito. Sin duda tales disposiciones fomentaron en gran manera la literatura francesa, impidiendo al propio tiempo que sus trabajos bajaran de cierto nivel; pero por otro lado ahogaron la originalidad y destruyeron el sello de la individualidad de los autores del llamado *período clásico*, pues todos tienen un aspecto de uniformidad y de patron convencional, que dista muy mucho del vigor, lozanía, ingenio y carácter popular que distinguen a la literatura francesa del siglo XVI. No compensan la finura, el compás, la simetría de formas y la *destreza práctica* que los literatos adquirieron en la senda trazada por Richelieu, la uniformidad del contenido y la falta de potencia vital que caracterizan a la poesía francesa de la época gloriosa de Luis XIV.

Juntamente con la corporación científica encargada de fomentar y vigilar la educación nacional, nacieron y se formaron también los centros oficiales para dirigir la educación social. El primero de aquellos círculos literarios distinguidos que durante dos siglos ejercieron tan grande influencia sobre la buena sociedad, formóse ya en los últimos años de Enrique IV en los salones de la marquesa de Rambouillet, donde se reunían con los magnates amantes de las artes y letras, los literatos más notables, ocupando por primera vez el lugar que les corresponde al lado de las clases más altas de la sociedad. Era esto un nuevo e importante medio de educación, bien que incompleto y solo en una dirección determinada, de los autores de aquellos tiempos. Aprendían el buen tono, los modales y el espíritu de la buena sociedad que les apartaba de la rudeza y falta de gusto del pueblo bajo, pero de paso también perdían su originalidad individual y característica. Richelieu reunía también en su palacio, llamado entonces Palais Cardinal y hoy Palais Royal un círculo literario muy concurrido y frecuentado entre otras celebridades por Pedro Corneille y Voiture. Este último autor nos da en sus cartas elegantes y pulidas una muestra de la galantería exagerada, artificial y melindrosa que reinaba en aquellos salones.

Este vivísimo movimiento literario que dominaba entonces en todas las clases no pudo menos de tomar una dirección única y especial bajo la influencia de la centralización, del sistema de absolutismo real y de las consiguientes exigencias sociales de la época. No se daba rienda suelta a la imaginación juguetera, ni se dedicaba nadie a pensamientos profundos, ni a presentar las cosas tales como eran, con su sencillo pero natural aspecto y ropaje, sino que todos los esfuerzos iban dirigidos a la elocuencia, al arte de hablar de todo en lenguaje elegante, bello, refinado y artísticamente calculado con sujeción a reglas fijas, con un barniz de inteligencia en la materia de que se trataba. Tal era el gran mérito que se buscaba y que no era difícil alcanzar siguiendo las reglas, para cualquier persona de dotes literarias. Este objeto fué el que Richelieu impuso principalmente a la academia en su patente de fundación, en cuyo documento califica la elocuencia de «el arte más noble.» No hay que decir cuán pernicioso resultó necesariamente para la educación

del verdadero buen gusto y la dirección de la literatura, semejante principio basado en último resultado en la ficción y la mentira. Así es que no cabían en aquella sociedad genios tan originales y profundos como Descartes, el filósofo trascendental, que hubo de retirarse a los Países Bajos, donde rechazó después los repetidos ofrecimientos de Richelieu para volver a París.

Mientras hombres como Descartes, Pascal, Balzac y otros dieron a la prosa francesa su incomparable y magistral tersura, claridad, gracia y firmeza, tomó la poesía una dirección cada vez más falsa.

En tiempo de Enrique IV habían dado a la poesía dramática un rumbo bastante independiente, original y nacional,

autores como el poeta trágico Alejandro Hardy y el cómico Larivet, no indigno precursor Molière; mas el espíritu de la época de Richelieu cerró para siglos las puertas a esta clase de compositores originales. Rotrou y Mairet, dos autores trágicos de entonces, siguieron los modelos de la antigüedad, tan poco conformes con el genio de la lengua y modo de pensar de los franceses; pero el gran cardenal opinaba en favor de lo antiguo y aun de las célebres «Tres Unidades» de Aristóteles, y su voluntad era ley, tanto en política como en literatura. Su supremo fallo condenó el drama francés a ser clásico, y por cierto con gran perjuicio del mismo drama. No había más remedio; quedaba decretada una vez para siempre la forma tanto del drama como del lenguaje: de modo que



El Palacio Cardenal, residencia de Richelieu

Pedro Corneille, genio poético vigoroso y decidido, muy inteligente y de finísimo tacto y excelente juicio, tuvo que conformarse también con encerrar sus producciones dentro del cuadro prescrito que no permitía el libre desarrollo de los motivos del drama. Así naufragó estrellándose contra aquella elocuencia artificial y aquel modo equivocado de comprender la antigüedad.

Lo mismo sucedió respecto de las demás artes. La pintura fué impulsada en la misma dirección falsa de la poesía por el ejemplo de Nicolás Poussin, pintor que tributaba fanático culto a la pseudo-belleza, fofa de una antigüedad imaginaria, mal entendida, cargada de accesorios científicos y otros enteramente ajenos al arte. Un ejemplo de la influencia ineludible que ejerció sobre el carácter nacional la pasión por las reglas fijas y los cuadros prescritos, es Eustaquio Le Sueur, pintor de grandes dotes, que vivió desde 1617 hasta 1655, y cuyos cuadros, de correctísimo dibujo y mucha expresión, se distinguen por un idealismo enfermizo, una completa falta de vigor y de fuego artístico y por su tristísimo, monótono y pálido colorido.

La escultura de aquella época es aun peor; porque ya empezaba a tomar aquel carácter puramente pintoresco, agraciado sin fuerza, que dominó después en el reinado de Luis XIV. La arquitectura no se libró de la letal influencia del espíritu formulario y de exagerada simplicidad clásica,

LA ÉPOCA DE LUIS XIV

y también perdió la vida y expresión tan originales, variadas y brillantes del Renacimiento.

Estas fueron las consecuencias del régimen absolutista creado por el gran ministro, y de su pretensión de imponerlo desde un principio a todas las manifestaciones del espíritu nacional sin excepción alguna. En todas partes observamos un vivo movimiento intelectual y mucho talento, herencia de un período más desahogado; y al propio tiempo vemos la centralización y el despotismo invadiéndolo todo, afanosos de dominar y amoldar el carácter nacional a formas frías, sin variedad, calculadas para servir a los fines egoístas del trono, y que acabaron por reducir la exuberancia variada y original de las inteligencias a la uniformidad e insignificancia reglamentarias.

CAPÍTULO II

LA JUVENTUD DE LUIS XIV Y MAZARINO

La obra principal del cardenal, su sistema político, sobrevivió a su gran autor. Sin haber recomendado al monarca expresamente la persona que deseaba por sucesor, llamó el rey al consejo de Estado a Mazarino, el discípulo favorito,

amigo y confidente de Richelieu, como continuador indicado naturalmente de la obra política de aquel (1).

(1) Como fuentes ya hemos mencionado el excelente libro de Bazin sobre la *Historia de Luis XIII y Mazarino*. Recientemente hanse publicado los dos primeros tomos de la obra de Casimiro GAILLARDIN: *Histoire du regne de Louis, XIV* Paris 1874 á 1876, 6 tomos, en los cuales pinta el autor el gobierno de Mazarino, pero no corresponde de ninguna manera á su propósito elevado. La descripción de los sucesos políticos y militares es defectuosísima, porque para nada ha consultado el autor los archivos, y muy poco y aun parcialmente las obras impresas. A lo más, puede servir de historia de costumbres y del movimiento literario de la época, y aun así conviene usarla con mucha precaución, atendido su espíritu ultramontano exagerado y pedante. Es una obra completamente equivocada, no obstante haber sido premiada por la Academia francesa con el primer premio Gobert! Respecto de la historia particular de Mazarino, se ha encargado A. CHERUEL de llenar el vacío de un modo enteramente satisfactorio en su *Histoire de France pendant la minorité de Louis XIV*, Paris 1879. Las dos primeras partes que hasta ahora han visto la luz pública llegan hasta el comienzo de la Fronda en el verano de 1648. Esta obra es un trabajo muy concienzudo, basado en las mejores fuentes y forma hasta ahora un libro independiente y acabado. No podía esperarse otra cosa del autor que también ha consultado con imparcialidad y escrupulosidad las obras modernas escritas sobre esta materia en Alemania; y si algo quisiera criticarse, solo sería acaso la excesiva minuciosidad, que en algún pasaje llega á cansar.

Al mismo tiempo que la obra anterior publicáronse las: *Letres du Cardinal Mazarin pendant son ministère*, vol. 1 y 2; Paris 1879.

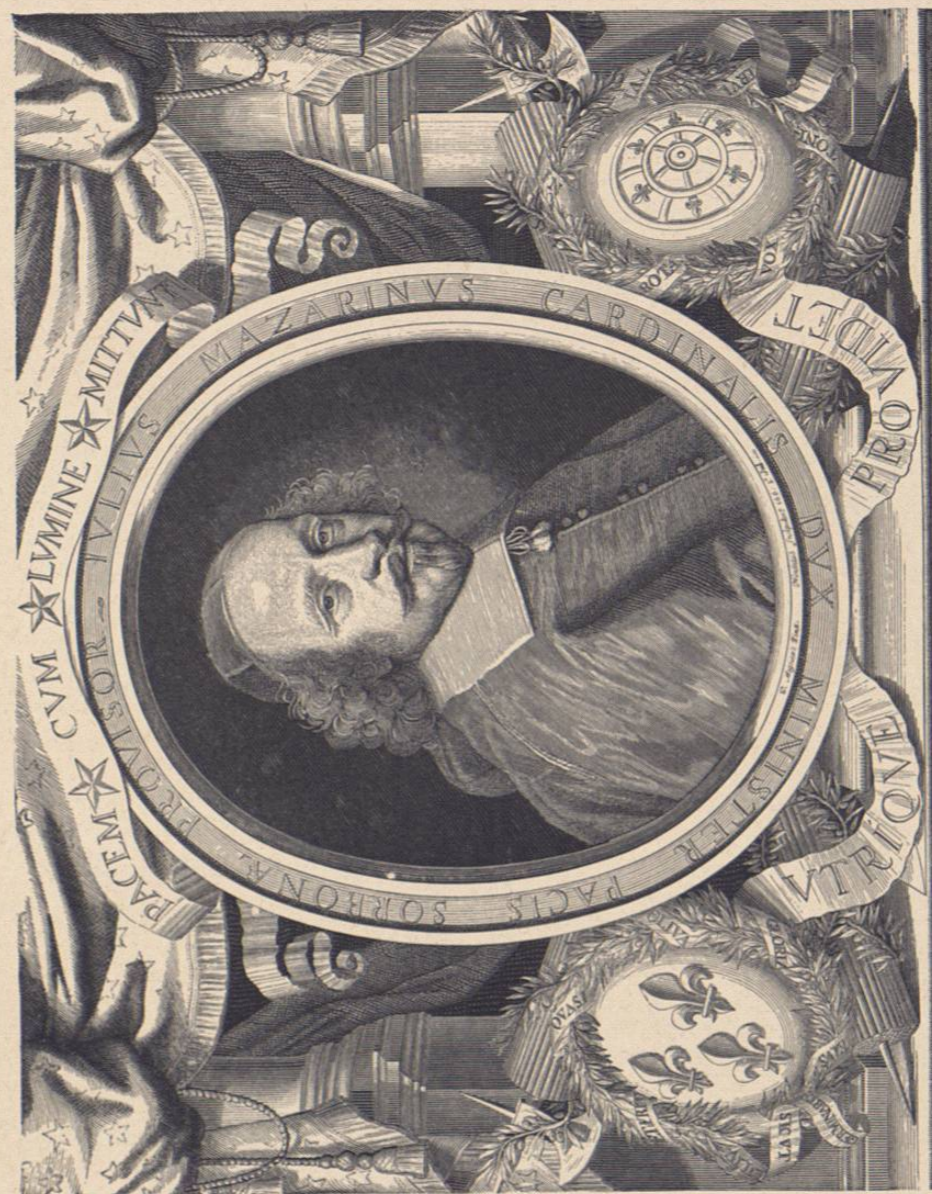
De las fuentes más antiguas citaremos la obra de Benjamin PRIOLI: *Ab excessu Ludovici XIII, de rebus gallicis historiarum libri XII*; Paris 1665. El autor, biznieto de un distinguido veneciano establecido en Francia, había tomado parte en la Fronda por el partido de los príncipes, lo cual le obligó á emigrar después de la derrota de este partido. Su obra, escrita para lisonjear á Luis XIV, pierde además mucho mérito por su estilo rebuscado que quiere imitar el de autores clásicos, y por la frecuente intercalación de documentos y discursos imaginarios. La parte interesante la forman ciertos detalles, como por ejemplo las negociaciones en que el autor tomó parte y que se siguieron entre los príncipes y la reina Ana.

Este libro nos conduce á la riquísima literatura de las *Memorias* que tratan del período de la Fronda. De ellas citaremos aquí solo algunas de las más importantes: *Mémoires de Mademoiselle de Montpensier*; edición Chéruel, 2.^a ed. Paris 1866-1869, 4 tomos. Escribió sus *Memorias* la autora, prima de Luis XIV, desde el año 1653 hasta su muerte, ocurrida en 1693. Están escritas con gran exactitud y veracidad, sin exageraciones ni lisonjas, y no contienen nada que la princesa no haya visto por sus ojos ó le conste como positivo. Las circunstancias interiores íntimas y personales de la corte francesa son lo que más minuciosamente describe la autora, enemiga declarada de Mazarino, porque éste había hecho naufragar su casamiento con el archiduque Leopoldo, hermano del emperador Fernando III.—*Mémoires du Comte de Brienne* (Michaud et Poujoulat, *Nouvelle collection de mémoires pour servir á l'histoire de France*). 3.^a serie, tomo III, Paris 1840. Enrique Augusto de Loménie, conde de Brienne, que nació en 1594 y murió en 1666, sucedió á su padre en el cargo de secretario de Estado, que desempeñó con algunos intervalos hasta después de la muerte de Mazarino. Sirvió á los cardenales sin renunciar á su independencia de carácter, haciendo frecuentemente la oposición á lo que decidían sus amos ó superiores. En todas sus relaciones se presenta como autor sincero y verídico; pero callando lo que sabía de los secretos de Estado, como secretario que era, se limita en general á relatar los sucesos interiores y las intrigas de palacio. Sus *Memorias* abarcan el período de 1613 hasta 1661.—Las *Mémoires du Cardinal de Retz*; edición Champollion-Figeac, Paris 1873, 4 tomos, han gozado siempre de gran fama por el inteligente y distinguido personaje que las escribió, así como por su estilo vivo, interesante y original. Las muchas omisiones y la desigualdad de las relaciones se atribuyen á la circunstancia de que el autor las escribió no para el público sino únicamente para una amiga, la señora de Caumartin; pero es evidente que esto solo sirvió al autor, hombre ambicioso, como un aliciente más para el público, pues que un hombre prendado de su talento como él, jamás escribiría para una señora sola la voluminosa historia de su importante carrera y actividad políticas. Corroboramos esta suposición el cuidado que puso en la corrección de su obra y en la copia en limpio de la misma. Hoy, que abundan documentos auténticos de indisputable veracidad, resulta muy menguado el valor histórico de estas *Memorias*, porque Retz era parcial decidido de su causa política, y á esto se agrega que empezó á escribir sus *Memorias* en el año 1672, es decir, más de veinte años después de la mayor parte de los sucesos, porque los que narra llegaron

Julio Mazarini nació en 14 de julio de año 1602 en Roma donde se había establecido su familia, originaria de Sicilia, perteneciente al parecer á la clase media, pero bastante acomodada para dar una excelente educación á su hijo. El joven Julio, después de estudiar con aplicación en España y Roma, abrazó la carrera de las armas, sirviendo como capitán en el ejército papal cuando la guerra por la Valtelina. No tardó sin embargo en conocer su verdadero destino; dejó la milicia y se dedicó á la diplomacia, distinguiéndose tanto en su calidad de agregado al cardenal Pancirolo, encargado de efectuar el convenio de paz en la citada guerra con Mantua, que oscureció completamente á su superior. Animado con tan brillante resultado, cambió el traje de militar por el hábito eclesiástico que era de rigor para todo diplomático al servicio de Roma, sin que fuesen precisas las sagradas órdenes para esto, órdenes que Mazarino jamás recibió. A pesar de ser súbdito de España, mostró en sus negociaciones una gran predilección por la Francia, á la cual, según claramente veía, estaba reservado un gran porvenir. Richelieu, apenas le conoció, supo ya apreciar su gran valía, y solicitó expresamente que le enviase en diferentes ocasiones en calidad de nuncio apostólico á la corte de Francia. Allí se estableció Mazarino definitivamente y para siempre á principio del año 1640, sin cargo oficial definido, como hombre de confianza del ministro principal. Richelieu le empleó en varias negociaciones importantes en el extranjero; luego le proporcionó en diciembre de 1641 la púrpura cardenalicia y le tuvo desde entonces constantemente á su lado como consejero y amigo de confianza, dejando además á su cargo exclusivo los negocios con Italia. Grande era su perspicacia; asombrosas su memoria y elocuencia. En todos los negocios pesaba los últimos y menores detalles, no fiando nada á la casualidad; pronto siempre para amoldarse y ceder á la fuerza mayor, procuraba luego aprovechar las circunstancias en el primer momento favorable; sin pararse en escrúpulos lo subordinaba todo al interés del negocio que le estaba confiado, de suerte que era indudablemente el representante más completo y perfecto en su tiempo del arte de gobernar los Estados y de dirigir los asuntos diplomáticos. No tenía el genio creador ni el talento é ideas organizadoras de Richelieu, pero su mente clara y penetrante le decía si estas ideas eran buenas, adecuadas y á propósito, ó erróneas y perjudiciales; Richelieu era un genio grande y potente; Mazarino era hábil y más astuto; su egoísmo y codicia eran insaciables, pero siempre sabía armonizarlos con los intereses del Estado. Trabajador incansable y conocedor penetrante de los hombres, no erraba nunca en sus cálculos.

Poderosísima carga era la que Mazarino se echó sobre los hombros admitiendo la herencia política de Richelieu, que abarcaba y dominaba toda la Europa, y con ella la continuación de las guerras simultáneas en España, Italia, Alemania y los Países Bajos! Esto sin hablar de los innumerables enemigos que se había creado Richelieu y que trasladaron sus rencores á su sucesor. Muerto aquel, abriéronse ya las puertas de la Bastilla para dar libertad á varios de estos enemigos. En todas las fronteras del reino acechaban desterrados pertenecientes á las casas más ilustres, el momento de volver á penetrar en él; á cuyas dificultades se

solo hasta el año 1655. Claro es que en muchos puntos ha suplido la imaginación á la memoria defectuosa; y que desde luego puede afirmarse que tuvo buen cuidado de atribuirse en todo un papel mucho más importante del que en realidad desempeñó.—R. Chantelauze refiere episodios de la vida del cardenal de Retz en sus obras: *Le Cardinal de Retz, ses missions diplomatiques et l'Affaire du Chapeau*, 2 tomos.



El cardenal Mazarino

agregaba la próxima muerte del monarca, presa de una enfermedad lenta pero mortal, y el comienzo de un nuevo reinado. Esta hora llegó cuando el rey siempre débil y enfermizo no había cumplido todavía 42 años, el día 14 de mayo de 1643, después de muchas semanas de piadosos preparativos para una buena muerte, en igual día y casi á igual hora en que 33 años antes su ilustre padre sucumbía

bajo el puñal de Ravallac. Amargas reconvenções se hizo Luis XIII á sí propio en el lecho de muerte por la dura indiferencia con que había tratado á su madre en los últimos años de su vida.

El rey dejó dos hijos, niños de pocos años los dos: Luis y Felipe de Anjou. El primogénito, heredero del trono, y que tomó el título de Luis XIV, había nacido en 5 de se-

A la fere le Roy le 14^{me} de May 1643

*Le m^{rs} de Navailles et avin^{ne} au
Com^{te} mes ames en un renfort de
plus de trois mil bons hommes et
une grande quantité d'officiers, qui
allent servir leur roy. Le mes
royal que avec le dit renfort mes
mes plus de 13^{me} hommes
Le Comte de Mazarin*

Facsimile de un autógrafo de Julio Mazarini

tiembre de 1638. Era de constitucion robusta, facciones regulares, agraciado, diestro y desde muy temprano dió muestras de una gran decision. Desde el principio habiale inspirado tan pronunciada aversion el cardenal Richelieu, que ni con halagos ni con castigos se había podido lograr ni siquiera que se le acercase. Todos los que le conocian le pronosticaban el porvenir mas brillante.

Entre tanto sin embargo era solo un niño de cinco años; y como su tío Gaston de Orleans estaba expresamente excluido de la regencia, su madre, Ana de Austria, tuvo naturalmente que encargarse de ella, contingencia que hizo temer un cambio completo de sistema político. Esta princesa de la casa de Habsburgo, hija de Felipe III rey de España, había sido casada á la edad de trece años con Luis XIII que tenía la misma edad que ella; y como este príncipe débil y sin corazon no supo ganarse el amor de su jóven y hermosísima esposa, esta se distrajo en superficiales coquetterias con el duque de Buckingham, embajador extraordinario de Inglaterra en la corte de Francia y uno de los caballeros mas apuestos de su tiempo. Bastó esto para que la indiferencia de Luis XIII se cambiara en decidida antipatía hácia su esposa. Richelieu fomentó esta disposicion de ánimo del rey, segun decian algunos por celos que tenía de Buckingham, hasta el punto de que el rey se propasara á insultos directos. La reina se vengó del ministro entrando en relaciones con los enemigos de este, pero Richelieu en cambio encerró en prision ó desterró á los amigos y confidentes personales de la reina. En los últimos años de la vida del

rey tuvo efecto una reconciliacion superficial entre los dos esposos, pero no entre la reina y el ministro, de suerte que muerto el rey, todos los jefes de los partidos facciosos y enemigos del gobierno creyeron que había llegado para ellos la ocasion de apoderarse del mando. En efecto, apenas cundió la noticia del carácter maligno de la enfermedad del monarca, cuando sin esperar permiso acudieron de todos lados á San German, donde entonces residia la corte, los desterrados y confinados. La cabeza de todos era el jóven duque de Beaufort, nieto de Enrique IV por su padre el duque de Vendome hijo natural de este rey, del cual el nieto había heredado el arrojo y la galanteria, pero no la prudencia ni la prevision. Estos jóvenes aristócratas creianse ya tan dueños del reino huérfano, que su procacidad junto al lecho del rey enfermo les había procurado el nombre de *los Importantes*.

Luis XIII estaba decidido á hacer todo lo posible antes de morir para impedir la ruina de la obra á la cual había sacrificado su vida bajo la férrea mano de Richelieu. Por acto solemne elevado á ley por la inscripcion en los registros del Parlamento de Paris, había nombrado en 20 de abril 1643 regente y aya de sus hijos durante la menor edad de estos á la reina, pero al propio tiempo había hecho ilusoria su autoridad por el nombramiento de un consejo de regencia que debía decidir por mayoría de votos todos los negocios del Estado.

La reina estaba resuelta á anular estas disposiciones, que miraba como un insulto y una invasion de sus derechos, tan